



Planta primera de la Torre Alfonsina del Castillo de Lorca.
Plano firmado por el arquitecto conservador de los Castillos Españoles.
Madrid, 1961.

Ornato *in-decoroso*

José-Francisco García Sánchez

Arquitecto y becario predoctoral de Proyectos Arquitectónicos.

Las *ruinas* son el resultado de aquello que el *tiempo* ha puesto en valor. Con el paso de los años, la arquitectura se despoja de lo prescindible. El *tiempo* construye. Las *ruinas* presumen de la *esencia constructiva* inscrita en su código genético, así como de una *belleza involuntaria* sobrevenida, evocando la modernidad de *mínimos*.

Los efectos de un terremoto se pueden asimilar a los del *tiempo*, pero de una forma acelerada. Como si durante unos pocos instantes, el *tiempo* pasara a borbotones, provocando el envejecer precipitado de lo construido. Y así ocurrió en Lorca. La ciudad envejeció muy rápido. En unos segundos, se deshizo de aquello que le sobraba.

La tierra trémula zarandeo las *casas* y las *cosas*; *los olmos* y *las almas*. Casi todo resistió, menos el *ornato*. Y la arquitectura —en su vaivén inesperado— se despojó de él, llevándose por delante la vida de nueve lorquinos, en una huída mortal hacia un afuera que les salvara. Ese día, sobre Lorca, precipitó una *lluvia asesina* de cascotes. Cayeron cornisas, molduras y adornos: toda esa pátina decorativa y superficial que necesita la sociedad para ser feliz. El *ornato* no es ya sólo *delito*, como sentenciaría el arquitecto vienés, sino que también es *asesino*.

El *tiempo* es implacable con el *ornato in-decoroso* epidérmico y es generoso con el doricismo tectónico pétreo. Renunciar a lo superfluo, en la vida y en la Arquitectura, nos reconcilia con los valores primeros. La Arquitectura es *gravedad* y *despojamiento*, pero también *espesor* y *profundidad*, como los muros y las saeteras de la Torre Alfonsina del Castillo de Lorca.

